

Cultura de élites y cultura popular en la época de la sociedad de masas (1930-1979)

■ *Rafael Rodríguez Díaz*

Si algo ha identificado de modo notorio a este medio que va desde 1930 a 1979 es su carácter explosivo: prácticamente, en cada una de las décadas ahí comprendidas, han acaecido verdaderas explosiones (de índole económica, social y aún cultural) que han removido los cimientos mismos de las sociedades centroamericanas. Así, durante la década de los 30 se dieron levantamientos y huelgas en varios países del área; los 40 fueron testigos de la Segunda Guerra Mundial; a finales de los 50 ocurrió la victoria de Fidel Castro en Cuba, y sus repercusiones se sintieron en la región durante las décadas siguientes. Finalizando los 60, se enfrentaron los ejércitos de Honduras y de El Salvador. A lo largo de los 70 se incrementa el accionar guerrillero en algunos países centroamericanos, y termina la década con el triunfo de los sandinistas en Nicaragua.

Las ondas explosivas de tales eventos han removido las bases de la sociedad centroamericana entera: las élites dominantes han debido revisar sus métodos de dominación, y hasta en los estratos de la población más marginados y extraños se han hecho sentir los efectos de tales sacudidas: unas veces, para sumirlos más hondamente en su situación de marginalidad; otras, para lanzarlos a una participación más protagónica en la vida social, política y cultural. Los sectores medios, por su parte, también se han visto afectados: su deseo de contribuir a la solución de los problemas sociales los ha llevado algunas veces a lanzar propuestas verdadera-

mente originales e innovadoras en los ámbitos de la política y la cultura; aunque, claro, estas iniciativas han debido, por lo general, estrellarse contra los intereses de los sectores más poderosos de la sociedad.

1. Ideologías y mentalidades de las élites

Las élites dominantes, es decir, los grupos con el máximo poder económico, estaban acostumbradas a “pensar” los distintos países centroamericanos como si fueran sus grandes haciendas o fincas. Aquella mentalidad de hacendados y patronos explica el diseño que dichas élites habían dado a los países de unidades agroexportadoras: Todo el territorio nacional estaba destinado prioritariamente a producir aquello que fuera vendido a la gran clientela internacional: Europa primero y, ya entrado el siglo XX, los Estados Unidos. Sin embargo, con la crisis del capitalismo mundial, en 1929, las élites dominantes centroamericanas se vieron forzadas a revisar su “pensada”. La caída de los precios del café, por ejemplo, se tradujo en recortes de salarios para las grandes masas de cortadores de ese grano. Cundió aún más la miseria y con ella el descontento social. La década de los 30 fue testigo de un gran levantamiento campesino en el occidente de El Salvador y de conflictos y huelgas en las bananeras de Costa Rica y Honduras.

La respuesta de las élites dominantes ante el tambalearse de su predominio fue dejar paso libre a la dictadura militar en el respectivo país. Empezaron a desfilar, entonces, los Somoza en Nicaragua, Ubico en Guatemala, Hernández Martínez en El Salvador y Carías en Honduras; todos ellos, galardonados con el récord de más de doce años en el poder.

Y un país “pensado” en términos militaristas implicaba automáticamente la represión, el estado de sitio, cuando no la guerra declarada a todas aquellas prácticas y concepciones contrarias a la voz cantante y de mando del general. De tal forma que la tónica de países cuartelarios y carcelarios se extendió en Centroamérica a lo largo de estos cincuenta años que estamos examinando, con la honrosa excepción de un país como Costa Rica, en donde, a partir de 1948, quedó abolido el ejército nacional.

Hubo formas, no obstante, de escapar al cerco impuesto al libre pensar y actuar. Una de ellas fue la difusión de las ideas socialistas. Durante la década de los 30, se fundaron los partidos comunistas en varios países del área; y, a través de panfletos, periódicos y revistas, si bien clandestinos, permearon aquellas ideas en estratos bajos —y aún medios— de la sociedad. De manera que, en los 40 y 50, se recogieron algunos frutos: huelgas de brazos caídos, protestas populares, fueron tan fuertes que provocaron la caída de algunos generales en el poder, o al menos contribuyeron a que se suavizaran las acciones represivas. La experiencia filosocialista de Jacobo Árbenz en Guatemala, durante los primeros años 50, dejaría honda huella en los grupos contestatarios del resto de los países de Centroamérica.

Otra forma de escape al cerco represivo lo intentó la *intelligentsia*: grupos intelectuales, profesionales, escritores y artistas ofrecieron también resistencia. Unas veces, participando activamente en los movimientos reivindicativos de obreros, artesanos y campesinos, otras, refugiándose tras símbolos y metáforas literarios, pero sin abandonar la denuncia de las injusticias y arbitrariedades que se estaban padeciendo. Un caso curioso e ilustrativo de esta participación, a veces harto ingenua, de la intelectualidad, la constituyó Alberto Masferrer, en El Salvador. Durante los primeros años de la década del 30, Masferrer estaba persuadido de que las ideas de justicia, de educación para todos, de respeto a los derechos ciudadanos, podrían trasladarse con éxito desde las letras (tratados y ensayos) a la práctica política. Los planteamientos masferrerianos cuajaron en una doctrina y en un cuasi partido: *El Mínimun Vital*. Los *mínimun vitalistas* sostenían que se necesitaba de unas condiciones sumamente mínimas (pan, techo y educación) para empezar a construir un ser humano. Sin embargo, el fracaso fue tan rotundo que Masferrer debió exiliarse y contemplar, horrorizado, cómo sus ideas, lejos de cobrar vida, provocaron las acciones mortales de un dictador como Hernández Martínez.

Miguel Ángel Asturias es otro exponente de las posturas, a veces ambiguas, que adoptaron los intelectuales y escritores. Signado desde sus primeros años por la rebeldía y la contestación, Asturias fue un claro denunciador de las injusticias que se cometían en los regímenes dictatoriales (su obra, *El Señor Presidente*, publicada en 1946, puede aplicarse a los períodos dictatoriales de Manuel Estrada Cabrera o de Jorge Ubico) o en las bananeras administradas por norteamericanos (un conjunto de sus obras es llamado, precisamente, *Trilogía Bananera: Viento fuerte, El papa verde y Los ojos de los enterrados*). Sin embargo, con el correr de los años, Asturias decepcionó a los intelectuales y activistas rebeldes, porque terminó sus días siendo representante diplomático de uno de los tantos regímenes militares de Guatemala. De todas maneras, la obra de Asturias sigue representando uno de los grandes aportes de las letras centroamericanas a la cultura universal.

También en otros países centroamericanos hubo exponentes de las letras que tomaron la bandera de la denuncia. En Honduras y Costa Rica era siempre el tema de las bananeras uno de los más importantes. El irónico título de una obra de Carlos Luis Fallas, de Costa Rica, es altamente significativo: *Mamita Yunai* (1950) se refiere, ni más ni menos, que a la United Fruit Company, la super poderosa compañía bananera norteamericana que parecía ser la mamá grande de todos los costarricenses, y aún de todos los centroamericanos que vivían bajo la “tutela” y “protección” suyas.

2. El ascenso de la cultura de masas

La Segunda Guerra Mundial, con sus millones de muertos y su secuela de destrucción en varios continentes, implicó, paradójicamente, un cierto bienestar para Centroamérica. La región cumplió un papel estratégico que fue recompensado por los Estados Unidos: a cambio de bases y de algunos suministros milita-

res, Estados Unidos retribuyó al istmo con carreteras, infraestructura y productos que elevaron sensiblemente el nivel de vida de algunos sectores. La educación secundaria y universitaria a la que podía acceder más fácilmente la población, sobre todo, urbana, se tradujo en un mayor consumo de libros, periódicos y revistas.

Pero fue, ante todo, un gran aparato, la gran *vedette* y el gran centro de atención: la radio se constituía en una ventanita sonora a través de la cual se podían escuchar los sonidos provenientes de cualquier parte del mundo. Y Centroamérica abrió sus oídos para darse cuenta, no sólo ya de las victorias aliadas en los campos de lucha de la Segunda Guerra Mundial, sino de los gustos y costumbres de los ricos y famosos del mundo. Fue así como fueron llegando los tangos de Gardel, las notas sentimentales de *La vie en rose*, de Edith Piaf y las románticas baladas de Agustín Lara.

La revolución de la radio fue tal, que promocionó, durante los cincuenta, una pléyade de artistas de radionovelas. Trasladando a guiones radiofónicos obras extranjeras o nacionales, compañías de actores y actrices radiofónicos hacían las delicias de todos con radionovelas como *Sandokan*, *el Tigre de la Malasia*. Lo que acontecía en cualquier rincón del mundo era también del conocimiento de quienes poseían uno de esos mágicos aparatos de radio. Y la sociedad de consumo entró primero por esa ventana chiquita de la radio, para instalarse entre todos a través de puertas y pantallas más grandes, como el cine y la televisión después.

En efecto, los gustos de las personas empezaron a ser sensiblemente afectados a través de esas innovaciones tecnológicas de los mass media. El cine, por ejemplo, implicó el reforzamiento de ciertas conductas entre la población: desde los años cincuenta es masiva la presencia de héroes e ídolos como Pedro Infante o Jorge Negrete; ellos hacían suspirar a las jóvenes centroamericanas, pero también los hombres jóvenes y viejos deseaban emular los éxitos machistas de los galanes del cine. Un machismo y un patriarcalismo, ya seculares en Centroamérica, veíanse reforzados ostensiblemente a través de aquellos modelos de identificación para las masas.

A la par de los galanes y divas, penetró también en Centroamérica la avalancha propagandística de productos de belleza, los alimentos, y aun medicinas que garantizaban un mágico ascenso social y el goce de una estupenda salud y de una envidiable belleza. Pero, ¿quién era el mago que sacaba del cofre tantos tesoros? ¿De quién era la "mano sabia" que movía los hilos tras bambalinas? Pues, en última instancia, para Estados Unidos ya no era rentable una región anclada en pautas de extracción de las riquezas que implicaran el ensanchamiento de la brecha entre los muy ricos y los muy pobres. Si lo que se requería era la presencia de un mayor número de consumidores, entonces había que modernizar todo: desde las formas de consecución de las riquezas, hasta los gustos y hábitos de la población.

Los años 50 fueron testigos de la industrialización en Centroamérica. Ya la agricultura no podía centrarse en unos pocos productos; debía, además, techni-

ficarse. Los inversionistas, por su parte, debían poner a trabajar sus capitales en otros rubros y campos: los textiles, los productos alimenticios sintéticos, medicinas, etc. Las élites dominantes debieron hacer, de nuevo, los exigidos acomodados. Su nacionalismo nunca fue tan hondo como para considerar herida su dignidad nacional ante esos nuevos requerimientos. Es más, la concepción de nación — siempre elástica y acomodable a las más variadas circunstancias— debió plegarse en los 60 a los afanes centroamericanistas que parecían animar, no sólo a intelectuales románticos y a políticos de cuño morazanico, sino a importantes financistas. Centroamérica podría convertirse en un amplio mercado, y la dinámica de los procesos derivaría en un acrecentamiento de los dividendos y en un ensanchamiento de la masa de inversionistas.

Dentro de este espíritu “moderno”, debe comprenderse el interés por volver más educada, sana y económicamente solvente a la población centroamericana. A través de proyectos estadounidenses como la *Alianza para el Progreso*, la salud y la educación fluían a los rincones más apartados de Centroamérica. Las brigadas de jóvenes que conformaban los Cuerpos de Paz parecían inspirados por un espíritu de cruzada: ellos estaban contribuyendo a vencer, desde su base, a ese demonio del comunismo que no acababa de dejar en paz a Centroamérica.

Las reformas agrarias y educativas también fueron apoyadas desde la metrópoli, con no pocos disgustos por parte de los tradicionales propietarios de la tierra, sobre todo, en el caso de las primeras. El gran argumento para vender la idea de las reformas agrarias era que así se estaban evitando protestas y descontentos sociales en el futuro. Pero, ni aun entonces cuajaron del todo las ansiadas reformas, y el amañamiento y los maliciosos retrasos fueron algunos de los factores que incentivaron, por ejemplo, la aparición o el refortalecimiento de grupos guerrilleros en varios países de la región: Nicaragua, Guatemala y El Salvador. Para colmo de males, el triunfo de Fidel Castro y sus guerrilleros en Cuba pasó a convertirse en paradigma esperanzador para muchos intelectuales y combatientes que veían con enojo y rabia las manipulaciones descaradas de Estados Unidos en la región.

En cuanto a las reformas educativas, bien podríamos decir que fueron un arma de doble filo, porque, por una parte, se inscribieron dentro de ese proyecto de cualificar más a la población para integrarla más y mejor en un esquema consumista y masificador; pero, por otra parte, permitieron un cierto aire y espacio para la discusión de ideas, con el consiguiente reforzamiento de visiones y prácticas contestatarias y rebeldes.

3. Dependencia cultural y norteamericanización en Centroamérica

Ángel Rama, en una de sus obras (*Transculturización narrativa en América Latina*, Siglo XXI, México, 1982), sostiene que las élites hegemónicas en América Latina se han caracterizado a lo largo de su historia por lo que él llama un *mimetismo cultural*: imitan a pie juntillas usos y costumbres de las metrópolis,

sin importarles que con ello estén echando por la borda tradiciones y usos que son más propios de su nación.

Las élites económicas centroamericanas no escaparon de ese embrujo señalado por Rama. Y así tenemos a unos poderosos señores que, en medio de una población mayoritaria empobrecida hasta los límites más deshumanizantes de sobrevivencia, se daban el lujo de construir casas y decorarlas al estilo del más puro arte francés o inglés. Claro que esta costumbre no fue exclusiva del período que estamos examinando; ya esas excentricidades se daban entre los pudientes latinoamericanos de épocas pasadas. La tendencia, por ejemplo, de enviar a los hijos e hijas a educarse en colegios y universidades de Estados Unidos o de Europa, estaba ya presente en la América Latina del siglo XIX. Pero es con la bonanza de los 50 que la moda de las mansiones ostentosas se vuelve más notoria. No sólo en las capitales, sino incluso en la campiña, las casas señoriales recordaban que en Centroamérica, pese a los intentos modernizadores, aún vivían yuxtapuestos dos mundos, como en los mejores tiempos del feudalismo: el mundo de los señores, con sus gustos y pautas de consumo muy al estilo de la metrópolis, y el mundo de las grandes mayorías de desheredados, acostumbrados a moverse en los niveles de la mera sobrevivencia. Sin embargo, un elemento nuevo parecía atenuar las garrafales diferencias entre unos y otros: la posibilidad de soñar que proveían los medios masivos de comunicación. También la presencia significativa de las clases medias —profesionales, burócratas, maestros—, en países como Costa Rica, fue un factor nivelador entre la población, y supuso cierta estandarización en las pautas de consumo.

Ahora bien, la dependencia cultural ha signado por igual a los sectores altos, medios y bajos de la población centroamericana. Uno de los rasgos que se acentuaron a partir del papel protagónico desempeñado por los medios masivos de comunicación es lo que llamaremos *norteamericanización de la cultura centroamericana*, entendiendo por tal el influjo desempeñado por México, de una parte, y por los Estados Unidos, de otra.

Entre México y Centroamérica siempre han existido nexos históricos y culturales muy fuertes. Sobre todo, en países comprendidos en lo que los entendidos llaman Mesoamérica (Guatemala, Belice, El Salvador, Honduras, Nicaragua y hasta alguna pequeña parte de Costa Rica) ha habido una herencia precolombina (tolteca o maya) palpable en mayor o menor medida, según los casos. Hubo fuertes vínculos durante la época colonial, y para llevar a cabo la independencia, los países centroamericanos prácticamente copiaron lo que se realizó en México.

El modelo mexicano ha estado presente, pues, ante los ojos de Centroamérica, pese a que se pregone muchas veces un militante antimexicanismo. El cine y la televisión se convirtieron a partir de los años 50 —tal como señalamos antes— en los más fieles difusores del gusto y de la afición por lo mexicano: los corridos y baladas *del norte* empezaron a escucharse en lugares públicos de diver-

sión o en la intimidad de las fiestas familiares, entonados por mariachis vestidos a la mera usanza de los charros de Jalisco. Comidas, formas de vestir y aun de hablar imitadas a los personajes del cine y de la televisión han redondeado el aire familiar mexicano que se siente, desde entonces, en nuestros pueblos y ciudades.

Pero es lo estadounidense lo que ha ejercido una verdadera fascinación entre las masas de consumidores de Centroamérica. Ya en Panamá, la presencia de EEUU se hacía notar por todas partes, a partir de la apertura del canal, a principios del siglo XX. El idioma inglés y las modas estadounidenses habían saltado las bardas que rodeaban la zona del canal, para instalarse cómodamente entre los jóvenes de varias ciudades panameñas, a pesar de los fuertes brotes nacionalistas y antiestadounidenses que hubo en los 60, y a pesar de la enconada resistencia que ofreció Torrijos desde el gobierno, a lo largo de los 70.

En cuanto al resto de los países del área centroamericana, los Estados Unidos se habían hecho sentir, antes de los 50, más que todo en las altas esferas políticas, diplomáticas y económicas, y en alguna que otra intervención militar directa. Los enclaves bananeros también habían funcionado como núcleos de cierta irradiación de los usos y modas "americanos". Pero fueron las pantallas del cine y de la televisión las que más efectivamente abrieron los ojos de los centroamericanos respecto a la idílica forma estadounidense de vivir, divertirse, y aun morir. Los 50 trajeron a Centroamérica la rebeldía sin causa a lo James Dean y los primeros acordes de la música *rock*. Los 60 y los 70 fueron testigos de la rebeldía con causa representada por el movimiento *hippy* y las manifestaciones contra la guerra del Vietnam, aunque siempre muy atenuadas estas rebeldías con la avalancha de más música ruidosa, mediocres películas de cine y series de televisión enlatadas para ser vendidas a granel.

La "americanización" del istmo pareció acentuarse con las visitas de centroamericanos residentes en los EEUU, que regresaban a sus respectivos países para pasar vacaciones. Junto con los enseres y aparatos eléctricos, penetraron también formas de vestir, de cortarse el cabello, y hasta el uso de lo que se conoce como *slang*, o modismos en inglés, lo cual ha ido modelando un verdadero *espánghish*, de no tan amplio alcance, quizás, como el de los chicanos y portorriqueños, pero igualmente indicador de la casi idolatría que los centroamericanos y latinoamericanos practican hacia las formas de vida de los Estados Unidos. Insistamos también en que la participación directa del ejército y asesores estadounidenses, a partir de los 70, ha constituido, igualmente, otro factor más de norteamericanización en países como Honduras y El Salvador.

4. Resistencia cultural en frentes diversos

Pocos ámbitos y espacios de la geografía física y de la población centroamericana han escapado al hechizo estadounidense. Uno de ellos, el tradicional ámbito de las culturas marginadas, entendiendo por tales a las etnias indígenas de

raíz precolombinas y a *grupos* de negros o mestizos con fuerte tradición afro-caribeña. Entre ellos se daba, con frecuencia, lo que Ángel Rama, en la obra ya citada, llamaba *hermetismo cultural*, es decir, un encerramiento o enconchamiento de estos grupos sobre sí mismos. Conservando celosamente su lengua y sus tradiciones, pensaban que estaban evitando ser penetrados y vulnerados por una cultura oficial nacional que ellos seguían considerando conquistadora. Claro que eso de nada sirvió en casos como el de los indígenas pipiles de El Salvador, prácticamente diezmados a partir de los sangrientos sucesos de 1932. O, como en el caso de las etnias mayas de Guatemala, perseguidas y masacradas ya durante los 70 por su participación activa o su colaboración con las guerrillas alzadas en armas.

Varias formas intentaron los gobiernos centroamericanos para “integrar” a estos grupos marginales a la “vida productiva nacional”. La más conveniente para todos fue la folklorización de sus costumbres. Sobre todo, en Guatemala y Panamá, y algo menos en Honduras y El Salvador, surgieron políticas, a la luz de la modernización de los años 50, que iban en esa línea. Su objetivo era incentivar aquellas actividades “autóctonas”, que pudieron reportar entradas económicamente significativas a esas poblaciones, ya de por sí depauperadas y con dosis potenciales de conflictividad. La promoción de artesanías indígenas en Guatemala o Panamá, la música garífuna de Honduras y Nicaragua, serviría a propósitos turísticos, pero también como una conveniente válvula de escape.

Otra táctica para la “incorporación” de grupos autóctonos que implicaban cierta dosis de problema fue implementada a partir de los 70, con recursos masivos y hasta con personal adiestrado en la metrópoli estadounidense. Nos referimos a la invasión de sectas protestantes y fundamentalistas, lanzada sobre campos y ciudades de Centroamérica. El propósito de dicha campaña era el de neutralizar la labor concientizadora emprendida por algunos sectores católicos, sobre todo en Guatemala, Nicaragua y El Salvador. En efecto, animados por ideologías renovadoras como la teología de la liberación, esos sectores estaban contribuyendo, en la práctica, a engrosar las filas de los insurgentes o, al menos, a reforzar los contingentes de huelguistas y manifestantes. Precisamente, fue por entonces que se iniciaron las acciones de carácter reivindicativo étnico-político-religioso, emprendidas por líderes indígenas como Rigoberta Menchú, en Guatemala.

Pero fue la insurgencia misma, como fenómeno englobante de lo militar, social y aun cultural, la que se constituyó en El Salvador, Guatemala y Nicaragua como el frente más consistente de resistencia cultural ante el imperialismo norteamericano. Vitalizadas por el ejemplo y aun la colaboración de los cubanos, las fuerzas rebeldes de esos tres países supieron capitalizar energías creativas de la población y verterlas en múltiples campos. Así, no sólo fue la inventiva mostrada en las técnicas y tácticas de guerra, o en la elaboración de artefactos y armas caseras. También fue la música, la danza, el teatro y la literatura en general las que

se vieron notoriamente potenciadas. Nombres como los de Otto René Castillo, en Guatemala; Roque Dalton, en El Salvador; Ernesto Cardenal y Carlos Mejía Godoy en Nicaragua, van indisolublemente ligados a esa resistencia político-cultural, y aun militar, que se dio alrededor de los 70 en Centroamérica.

Un fenómeno colateral, pero igualmente importante, lo constituyó el torrijismo en Panamá, durante ese mismo período. Sin contar con grupos insurgentes, pero sí con la curiosa colaboración de algunos sectores del ejército panameño, el General Omar Torrijos supo articular una poderosa resistencia ante la presencia de EEUU en el Canal más allá del año 2000. Dicha propuesta de dignidad y soberanía nacionales contó con aliados tan prestigiosos como el escritor José de Jesús (Chuchú) Martínez.

5. El aporte de América Central a la cultura universal

La tercera categoría que usa Ángel Rama para comprender los fenómenos culturales latinoamericanos es la de *plasticidad cultural*: se trata de la incorporación de técnicas y recursos provenientes de otros lados (EEUU, Europa), pero utilizados de tal manera que terminan potenciando y no anulando la herencia y tradiciones propias. Pues bien, en Centroamérica se dieron muchas muestras de plasticidad cultural durante esos cincuenta años que estamos examinando. La pintura, por ejemplo, tuvo un notable desarrollo en prácticamente todos los países del área. En Costa Rica se dieron, hacia los años 40, innovaciones importantes a raíz de la vuelta al país de pintores que recibieron una sólida formación en Europa. Factor importante de renovación artística fue la presencia de exiliados de Europa y de otras partes de América. A raíz de la Guerra Civil española, llegaron a Centroamérica artistas e intelectuales que dejaron una honda huella. Valero Lecha hizo escuela en la plástica salvadoreña a partir de los 40; Edmundo Barbero inició un importante movimiento teatral en este país. Los exiliados chilenos que llegaron a Costa Rica después de la caída de Salvador Allende contribuyeron a dar mayor impulso a una tradición teatral ya fuerte ahí, porque obras como la de Carlos Solórzano, guatemalteco-costarricense, eran ya ampliamente conocidas dentro y fuera de Centroamérica.

También la literatura centroamericana de ese período dio muestras de plasticidad cultural. Asturias, Roque Dalton, Roberto Sosa, Ernesto Cardenal, Carlos Luis Fallas, Jesús Martínez, entre otros muchos literatos, trabajaron su obra de tal manera que fueron receptivos a los aportes de las vanguardias norteamericanas y europeas (Faulkner, Dos Passos, Mann, Sartre, Camus), pero para resaltar y revalorar, precisamente, las raíces históricas, idiomáticas y culturales propias.

En otros campos artísticos se mostró igualmente la creatividad plástica centroamericana; así, la música afrocaribeña y la música criolla centroamericana, de gran calidad rítmica, se dejaron oír en muchas partes dentro y fuera de Centroamérica, a pesar de la avalancha musical norteamericana. La *punta* de los garifunas

hondureños, el *tamborito* panameño, o el *palo de mayo* nicaragüense son ya, desde aquellos años, patrimonio universal. Durante ese mismo período, la artesanía mostró lo suyo. La escuela artesanal iniciada en la isla de Solentiname, en Nicaragua, tuvo continuadores en las artesanías de La Palma, en El Salvador. Las *payas chapinas* (cuadros a base de hilo), o las *molas* (cuadros hechos con trozos de tela) de los indios kunas de Panamá, las bellísimas carretas pintadas de Costa Rica, las miniaturas de Ilobasco, en El Salvador, o los gallitos decorados de Honduras son productos que han dado la vuelta al mundo.

En suma, aunque hubo entre los países centroamericanos fenómenos culturales propios, también se dieron durante estos 50 años examinados, corrientes y manifestaciones importantes, que ameritan hablar de un fenómeno cultural centroamericano más o menos homogéneo; todo él, girando con mayores o menores implicaciones según los casos, en torno a acciones sociales y políticas fuertemente explosivas. Tales hechos dejaron una honda huella en el rostro de la Centroamérica de esos años; pero también la cultura universal fue afectada por la respuesta original de los centroamericanos.